



MARÍN CEPEDA, Patricia: *Cervantes y la corte de Felipe II. Escritores en el entorno de Ascanio Colonna (1560-1608)*, Madrid, Ediciones Polifemo, 2015. 497 págs. ISBN: 978-84-16335-02-2.

**Miguel Á. Teijeiro Fuentes**  
**Universidad de Extremadura**

Hace ya unos años, en marzo de 2007, tuve el placer de formar parte del tribunal encargado de juzgar la Tesis Doctoral de Eduardo Torres Corominas, que dirigía Antonio Rey Hazas. Nos reunimos en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid. Fue A. Rey quien me ilustró entonces sobre las novedades, en este caso historiográficas, que en torno al profesor José Martínez Millán estaban llevándose a cabo en su Universidad y de las que el trabajo de Torres Corominas era un vivo ejemplo. Yo, en la medida de mis posibilidades, ya estaba al tanto del asunto después de haberme empapado de la *Poética de la libertad y otras claves cervantinas* (Madrid, Eneida, 2005) y, en concreto, del capítulo primero (“Cervantes castellanista: la Corte y la política de Felipe II”), en donde Rey Hazas nos ofrecía un sabroso estado de la cuestión de la obra cervantina en su relación con las facciones políticas de la España del siglo XVI. La estupenda Tesis Doctoral de E. Torres se convirtió poco tiempo después en un grueso volumen (*Literatura y facciones cortesanas en la España del siglo XVI. Estudio y edición del Inventario de Antonio de Villegas*, Madrid, Polifemo, 2008) que nos proponía una serie de claves muy esclarecedoras para interpretar la vida y la obra del hasta entonces desconocido Antonio de Villegas.

Siete años después, el Instituto Universitario La Corte de Europa (IULCE), en colaboración con la UAM, sigue incansable en su tarea de rescatar temas de la España de los Austrias y, como en este caso que nos ocupa, de vincularlos al territorio de la literatura renacentista con una perspectiva multidisciplinar muy enriquecedora y necesaria. El ejemplo es el volumen 14 de la colección, una nueva Tesis Doctoral transformada en esta obra monumental escrita por Patricia Marín Cepeda bajo el título *Cervantes y la corte de Felipe II. Escritores en el entorno de Ascanio Colonna (1560-1608)* (Madrid, Polifemo, 2015).

## RESEÑAS

De entrada estamos ante un libro denso en su contenido, documentado en el manejo de fuentes muy útiles y variadas, original en el rescate de información valiosa hasta ahora perdida, y riguroso en su estructura, desarrollo y exposición. A lo largo de siete capítulos y casi quinientas páginas, Marín Cepeda nos ofrece información biográfica y epistolar de un grupo de escritores, vinculados a las Universidades de Alcalá de Henares y Salamanca, que mantuvieron una estrecha relación clientelar con el célebre cardenal romano Ascanio Colonna y una supuesta amistad con Miguel de Cervantes. Gálvez de Montalvo, Fernández de Navarrete, fray Luis de León, Juan Rufo, Juan B. Vivar, Vargas Manrique, el conde de Salinas y, por último, el mismo Cervantes, se convierten en una excusa para urdir con profusión de datos la enrevesada telaraña que compone las relaciones políticas, y también literarias, de la España de Felipe II, y, en concreto, de las facciones que ya conocemos como “castellanistas” y “albistas” frente a los “ebolistas” y “papistas”.

Aunque el título sea tan prometedor como “Cervantes y la corte de Felipe II”, es preciso decir que el contenido del libro responde mejor a su subtítulo “Escritores en el entorno de Ascanio Colonna (1560-1608)”, puesto que es la atractiva personalidad del Cardenal y su decisivo mecenazgo en el grupo de escritores anteriormente citado la que configura el grueso del volumen a raíz, sobre todo, de la correspondencia mantenida entre ellos. La autora del libro avisa del enorme caudal epistolar de Ascanio Colonna, unas veinte mil cartas, de las que entresaca ciento once misivas inéditas, fechadas entre 1583 y 1603, que le permitirán rehacer las relaciones entre el religioso romano y su corte de amigos.

Sin embargo, y con buen criterio, Marín Cepeda ha creído conveniente marcar el territorio en el que se maneja con gran autoridad incluyendo dos capítulos introductorios (II y III, del I me ocuparé al final de esta reseña). En el primero de ellos se documenta con exquisito rigor el origen del apellido Colonna desde comienzos del siglo XII hasta 1608, así como su decisiva influencia en la monarquía hispánica desde los tiempos de Juan II y, sobre todo, a partir de sus alianzas con los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II. Imprescindible es, sin duda, el estudio de la trayectoria vital de Ascanio, su educación en las aulas universitarias de Alcalá y Salamanca, su vinculación a la facción “ebolista” a través de los Escobar y de Diego Navarrete, su etapa como cardenal en Roma y su dudosa lealtad a Felipe II, o su designación como Virrey de Aragón a principios del siglo XVII. Lástima que su temprana muerte en 1608 truncase una meteórica carrera cuyo vuelo parecía destinado a ocupar los puestos de mayor privilegio.

En el segundo de ellos (el Capítulo III), Patricia Marín indaga sobre una de las fuentes historiográficas más relevantes (y más de moda en los últimos tiempos) para trazar los estudios sobre la Edad Moderna: los epistolarios. En este capítulo se emprende “el estudio del epistolario de Ascanio Colonna desde la perspectiva de la significación de la correspondencia en el ámbito de la cultura cortesana, así como desde la preceptiva epistolar durante el Renacimiento” (p. 148) y se sientan las bases del estudio práctico que la profesora Marín acometerá en los siguientes capítulos en los que se ocupará de la relación epistolar de Colonna con sus amigos españoles. Ciertamente sugerentes son las páginas destinadas a proponer el debate entre las armas y las letras que sacudió a una nobleza necesitada no sólo de

## RESEÑAS

confirmar sus habilidades guerreras, sino también de afianzar su elegancia y agudeza en el decir y en el escribir. Es en ese terreno donde se percibe la trascendencia social adquirida por las “cartas” en las relaciones amistosas y clientelares.

A partir del Capítulo IV, y hasta el último, Patricia Marín irá desgranando las relaciones de mecenazgo que vinculan a los escritores seleccionados con la corte de Ascanio Colonna y el trasfondo político que las alimenta, la pertenencia a un bando, el de los “ebolistas” defensores de la política exterior del Papado en clara oposición a los “castellanistas” dirigidos por Mateo Vázquez y la más rancia nobleza encabezada por el duque de Alba, entre otros. Si importantes son los poemas encomiásticos, las dedicatorias o las alabanzas públicas, más reveladoras podrían ser las cartas que se entrecruzan y que, en ocasiones, le permiten a la autora revivir la semblanza biográfica del personaje estudiado. Por último, nuestra investigadora se propone, en la medida de sus posibilidades, establecer una ligazón entre el escritor biografiado y Cervantes. Paradójicamente, quizás éste sea el apartado menos original y novedoso de la obra, pues la falta de documentación impide progresar demasiado en esta línea a pesar de que el estudio de dicha relación constituía el propósito inicial de la investigación.

El Capítulo IV agrupa a Gálvez de Montalvo y a Fernández de Navarrete en su condición de “secretarios de cartas” del Cardenal, no confundir con la actividad de aquellos “escribanos” que, desde la Edad Media, se encargaban de dar fe pública de cualquiera de las prácticas sociales de la época. Luis Gálvez de Montalvo, autor de *El Pastor de Filida*, fue amigo de Cervantes y a buen seguro su valedor en el círculo cortesano de Ascanio. Su estrecha relación con éste, documentada en la veintena de cartas fechadas entre 1583 y 1589 que la autora del libro ha localizado en el Archivo Colonna, le permite sugerir un breve itinerario de nuestro novelista desde su invitación para formar parte del séquito del cardenal romano hasta su caída en desgracia acaso por la redacción de una carta de mal gusto que llegó a manos del religioso, pasando por sus últimos años al servicio de don Diego Enríquez de Guzmán y Toledo. Interesa de este intercambio de cartas la presencia en ellas de composiciones poéticas hasta ahora desconocidas y las noticias acerca de la impresión de algunos textos literarios del propio Gálvez. Sugiere Patricia Marín que la interrupción de la correspondencia en junio de 1589 pudiera deberse a la muerte del escritor arriacense, ahogado al hundirse una plataforma construida en el puerto para recibir a su señor, el Virrey, en su viaje por el reino de Sicilia, desgraciado episodio que se llevó por delante la vida de una treintena de personas. Más breve es el apartado dedicado al ilustre riojano Pedro Fernández Navarrete, que fuera secretario del Cardenal entre 1586 y 1592. Se destacan en estas páginas los numerosos cargos que desempeñó a lo largo de su vida y su faceta literaria como traductor de Séneca al castellano y como autor de diferentes tratados de contenido político. A partir de las cinco cartas que dirigió a Colonna, la autora nos propone algunos episodios biográficos inéditos, si bien confiesa no haber encontrado ningún dato que le permita establecer una relación directa entre el logroñés y Cervantes, aunque no duda en vincularlos al mismo círculo literario-político de Alcalá de Henares que tanto frecuentó Ascanio.

## RESEÑAS

El Capítulo V se destina a proporcionarnos información sobre las aspiraciones cortesanas que movieron a fray Luis de León y a Juan Rufo y la ayuda que solicitaron en forma de cartas a Colonna para conseguir tales mercedes. En el caso del primero, la investigación de Patricia Marín es muy interesante y novedosa, pues descubre seis cartas autógrafas e inéditas que aluden a un episodio muy poco conocido de la biografía del agustino conquense. Éste mantuvo una estrecha relación con su discípulo italiano en las aulas salmantinas, en donde coincidiría con otros humanistas y poetas, como el Brocense, Almeida, Figueroa, de la Torre... De esta amistad tal vez surgiría el posterior apoyo del Cardenal en la corte papal de Sixto V para que fray Luis se trasladara a Roma con el propósito de dirigir la Nueva Imprenta Vaticana que pretendía la corrección definitiva de la Vulgata. En las cartas dirigidas por fray Luis a Ascanio, aquel medita seriamente la posibilidad de dejar la cátedra de Salamanca, manifiesta su preocupación por las condiciones económicas derivadas de dicho cambio, además de confesarle algunas cuestiones personales o referirse a los conflictos internos habidos en su Orden.

El apartado destinado a Juan Rufo se divide en cuatro partes: en la primera, la autora del volumen traza una breve, pero precisa, revisión biográfica del cordobés en la que no olvida relacionarlo con Cervantes, si bien admite desconocer el momento exacto en que surgió la amistad entre ambos. ¿Tal vez en Córdoba? ¿Acaso en Lepanto, donde ambos pelearon valentísimamente? Marín Cepeda se inclina por Madrid, tras el regreso de Miguel del cautiverio argelino y con su colaboración en los preliminares de *La Austriada*. La segunda parte, muy interesante y afín a la filosofía del trabajo, sitúa a Rufo en el escenario de las intrigas cortesanas entre “albistas” y “ebolistas” en torno a la corte de la emperatriz María de Austria, defensora de la religiosidad descalza, partidaria del partido “papista” y rodeada de acérrimos defensores de la princesa de Éboli. La tercera parte, también en consonancia con el tema propuesto desde el título, profundiza en las relaciones entre Rufo y Colonna a partir de su breve y escasa relación epistolar –apenas dos cartas–, suficientes para que el poeta cordobés –que había conocido al cardenal romano en la Corte durante la primavera de 1584– se encomendara a éste para la ansiada publicación de su poema épico en alabanza a don Juan de Austria. Finalmente, la autora se interesa en la parte final del capítulo por las razones que llevaron a Rufo a solicitar el reputado título de “cronista real” a raíz del éxito cosechado por *La Austriada*, y documenta todo el largo proceso que no obtuvo el beneplácito real.

El Capítulo VI va dedicado a tres amigos del cardenal: Juan B. Vivar, Luis de Vargas y el conde de Salinas, los tres defensores de las tesis “ebolistas”, y de los que la autora traza también una precisa semblanza que nos ayuda a ubicarlos en el panorama histórico-literario de la época. La relación entre Vivar y Colonna aparece documentada en una veintena de cartas que expresan la confianza y el afecto mutuos. Las cartas establecen el itinerario vital de tan curioso poeta desde su estancia en Salamanca en 1584 hasta su viaje a Roma en 1588 al servicio del Cardenal, al tiempo que recogen noticias de la Corte e incluso incluyen alguna que otra facecia divertida. Es curiosa, y poco destacada, la labor de alcahuete de nuestro escritor, quien se encargaría de entregar personalmente las cartas enviadas por el Cardenal desde Italia a una dama desconocida llamada doña Luisa. De la

## RESEÑAS

relación entre Vivar y Cervantes vuelven a surgir las incertidumbres en forma de hipótesis más o menos plausibles. “Es legítimo pensar –concluye la autora– que Cervantes conoció a Vivar en el contexto de la corte poética amparada por el príncipe italiano en España” (p. 305), si bien se adelanta con un lacónico: “No se tiene certeza” (p. 304).

Por su parte, Luis de Vargas y Manrique, heredero del mayorazgo de los Vargas, participó de manera muy activa en el desarrollo del panorama de la lírica renacentista, vinculándose al grupo de jóvenes poetas que participaron en la génesis del Romancero Nuevo bajo el apodo de Lisardo. Esta circunstancia le permite a Patricia Marín reflexionar sobre un asunto tan trillado como interesante, la identificación de muchos poetas que se enmascaran bajo el pellico pastoril y su aplicación a *La Galatea* como una obra en clave que esconde más de lo que propone (Lisardo-Vargas, Arcano-Ascanio, Siralvo-Gálvez, Bireno-Vivar, Tirsi-Figueroa, Damón-Layne...). En el extenso epistolario de Colonna tan sólo hay documentadas dos cartas de don Luis que confirman su paso por Italia. Aunque la relación entre Vargas y Cervantes apenas se fundamenta en la aparición de unos versos del aristócrata toledano entre los preliminares de *La Galatea* –así como su cita posterior en el “Canto de Calíope”–, la autora va más allá y conjetura sobre la posibilidad de que Miguel hubiera conocido a Eraso y a Luisa Gaitán, la viuda de Esteban de Garibay, a través de su relación con Vargas, hipótesis difícil de demostrar.

En cuanto al conde de Salinas, don Diego de Silva, hijo de la princesa de Éboli, es retratado como un aristócrata interesado por los asuntos políticos pero entregado a las musas en sus ratos de ocio. Poeta de corte garcilasista, compagina la tradición castellana con el soneto italiano para cantarle al amor. Y es en este terreno donde ofrecen una gran utilidad las investigaciones de Patricia Marín a partir de las cuarenta y cinco cartas que se intercambian el aristócrata castellano y el cardenal italiano, sin duda “la relación epistolar más profusa del período estudiado” (p. 359). La autora se interesa en estas páginas por el importante papel que han desempeñado las cartas en la difusión de la poesía manuscrita. Un ejemplo revelador es el cartapacio poético que poseyó Ascanio Colonna, documento interesante en el que se recopilan las composiciones poéticas de su estrecho círculo de amistades, entre las que se encuentran algunos poemas del conde de Salinas que, más tarde, aparecerán impresos en diferentes cancioneros.

Tampoco en el caso de Diego de Silva encuentra la autora una base rigurosa para establecer relaciones de amistad entre el noble y el autor de *El Quijote*, aunque la referencia a él en el *Viaje del Parnaso* podría constituir un dato interesante. De ahí que subraye en su libro: “Aunque Cervantes no haga mención del Duque de Francavilla en el “Canto de Calíope” de *La Galatea*, y hayamos de esperar al *Viaje del Parnaso* para encontrarle, resulta evidente a la luz de la correspondencia que hubo de conocerle en esa fecha e, incluso, compartir afanes literarios en los cenáculos literarios de la década de 1580” (p. 369).

Al llegar al Capítulo VII y último, la autora del trabajo se enfrenta con un dilema. En su opinión, no cabe la menor duda de que Cervantes perteneció al

## RESEÑAS

círculo histórico-literario surgido en torno a la figura de Colonna, sin embargo no encuentra ningún argumento para explicar la ausencia de una relación epistolar entre ambos, como sí ocurriera con el resto de escritores estudiados. Asimismo, reconoce la dificultad para enfrentarse a este asunto que no ha dejado indiferente a parte de la crítica. Para unos (Rey Hazas, Montero Reguera, Sánchez-Molero), Miguel estaba más próximo a las tesis defendidas por el partido “castellanista”, mientras que para otros (Javier Blasco o ella misma) su vinculación ideológica hay que rastrearla al lado de la facción “papista”.

En su afán por desenredar el enigma, la profesora Marín Cepeda analiza la obra cervantina de este periodo desde la perspectiva política. En primer lugar, se refiere a las poesías de Cervantes y, más concretamente, a la *Epístola de Mateo Vázquez*, al soneto encomiástico incluido en la *Philosophía cortesana moralizada* de Alonso de Barros, a un soneto dedicado a la figura de san Francisco, incluido en el *Jardín espiritual* de Pedro de Padilla, y, por último, a un soneto dirigido a la infanta Margarita de Austria que encabeza otra de las obras de Padilla titulada *Grandezas y excelencias de la Virgen Nuestra Señora*.

Los dos primeros textos vinculan a Cervantes con el secretario real Mateo Vázquez y, en consecuencia, lo relacionan con la facción “castellanista”, circunstancia que refuta el hecho de que Miguel hubiera dedicado *La Galatea* a Colonna, próximo al partido “ebolista”. ¿Cómo resolver tal contradicción? Aun reconociendo que la *Epístola* ofrece “varias puertas a la interpretación” (p. 382), Marín Cepeda muestra su desacuerdo con la tesis defendida por Gonzalo Sánchez-Molero, editor moderno del texto y defensor a ultranza de la autoría cervantina. Cervantes no escribe el texto para congraciarse con Mateo Vázquez, sino para solicitar su libertad y denunciar el horror que sufren los cautivos en Argel, cuya situación necesita de una solución urgente por parte de las autoridades políticas. De hecho, la respuesta del secretario real a las pretensiones de Miguel tras su regreso del cautiverio es desoladora.

Menos convincente es su explicación al soneto cervantino incluido en la citada obra del castellanista Alonso de Barros, que resume con el siguiente argumento: “No puede negarse que Cervantes trató de cultivar buenas relaciones con el todopoderoso secretario. No obstante, como sucede en la vida real, de una sola amistad particular no cabe deducir toda una serie de implicaciones políticas o personales” (p. 386). Sin duda. Es cierto. ¿Pero no valdría este razonamiento para explicar también la relación entre Cervantes y Colonna? ¿Por qué concluir que la dedicatoria de *La Galatea* al cardenal romano sitúa a Cervantes en la órbita “papista” y, sin embargo, la *Epístola* o el soneto a la obra de Barros simplemente manifiesta un deseo personal por complacer al poder? Sobre todo cuando, páginas más atrás, la misma autora confiesa: “Todo parece indicar que no basta un lazo de unión, como puede ser un texto dedicado, para derivar de él toda una serie de implicaciones ideológicas?” (p. 378). He aquí la cuestión y la dificultad del enredo.

En cuanto a los otros dos textos de contenido religioso, es muy interesante la profusión de datos que la autora maneja para referirse a los grupos recoletos surgidos de las diferentes órdenes y, en particular, la de los franciscanos, protegida

## RESEÑAS

por los miembros del partido “papista” y denostada por los “castellanistas”. Este razonamiento le resulta a Patricia Marín tan contundente y definitivo que concluye afirmando tras un dubitativo *parece*: “A la luz de todas estas manifestaciones poéticas personales, respaldadas por lo que parece una ideología compartida en el seno de su grupo de amigos, no parece ponerse en tela de juicio la simpatía de Miguel por la religiosidad descalza, una de las señas de identidad del partido “papista” al que pertenecía su pretendido mecenas, el futuro cardenal Ascanio Colonna” (p. 396).

En segundo lugar, la autora se refiere a la obra en prosa de Cervantes y, en concreto, a *La Galatea*, su primera novela, su incursión en el variado panorama narrativo de su época, un relato abierto a múltiples interpretaciones y que nos ha dejado un extenso aparato bibliográfico. Es éste el menos original de los apartados de su obra, pues ya fue estudiado de manera pormenorizada por otros estudiosos, entre ellos A. Rey Hazas en su citado libro.

Tras reseñar los conocidos motivos que empujaron a Miguel a elegir el género pastoril, la autora vuelve sobre el trasfondo histórico que el texto encierra, entendido como una novela en clave que describe el ambiente universitario y cortesano alcaláinos, sin olvidar las figuras de Juan de Austria y probablemente de Mateo Vázquez. En este sentido, Patricia Marín se detiene en el personaje de Meliso, que acaso encubriera la personalidad del poeta y humanista Diego Hurtado de Mendoza, de quien traza una semblanza, para concluir que su presencia en el relato tiene un significado político relevante. La conexión de Cervantes, y su grupo de amigos poetas, con la familia de los Mendoza explicaría, según Marín Cepeda, su vinculación a la facción “ebolista” y, más tarde, “papista” que se advierte tanto en *La Galatea* como en *Los tratos de Argel*, en donde Cervantes deja traslucir su desencanto ante la política exterior de Felipe II, más preocupado por anexionarse Portugal y extender su poder hacia Europa, que por enfrentarse al infiel turco que dominaba el norte de África. De este modo, “*La Galatea*, dedicada a un miembro de la familia Colonna y con un trasfondo real con marcas certeras para su identificación, debió ser leída como una manifestación pública de una serie de adhesiones personales, políticas y literarias que no pudieron pasar desapercibidas en la corte” (p. 412).

Por todo ello, Patricia Marín concluye este capítulo dedicado a Cervantes con unas páginas en las que precisa que, tras su regreso a España tras cinco años de cautiverio, el genial Manco pretendía un ascenso social llamando a diferentes puertas. Como la de Mateo Vázquez nunca estuvo lo suficientemente abierta como para confirmar sus aspiraciones, Miguel, alentado por el afán político que movía a sus amigos más cercanos, buscó el amparo y la protección del bando “papista” en el que encontró, esta vez sí, el apoyo del cardenal Ascanio Colonna.

La conclusión, el aparato bibliográfico y el siempre útil en este tipo de obras índice onomástico ponen fin al volumen. La conclusión es certera y coherente con los argumentos expuestos y la bibliografía es más propia de una tesis doctoral por abrumadora, de modo que tal vez sobran algunas entradas que en poco contribuyen al desarrollo de la investigación (bien citada, a la manera antigua, sin tantas

## RESEÑAS

tonterías como utilizamos ahora para citar). Aun así, confirman la intensa y rigurosa lectura que su autora ha hecho de ella. Prácticamente están todos. Si acaso, en mi desconocimiento del tema, echo en falta una entrada: A. Rey Hazas, “La palabra “católico”: cronología y afanes cortesanos en la obra última de Cervantes”, en *Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Navarra, Asociación de Cervantistas y Centro de Estudios Cervantinos, 2008, pp. 87-136, muy relacionada con el fondo de su trabajo si bien referida a las últimas obras, o, mi modesta contribución al tema (le agradezco que cite algunos trabajos míos sobre el tema): “Cervantes y los mecenas: Denle una segunda oportunidad y escribirá *El Quijote*”, en *Anales Cervantinos*, XLV, 2013, pp. 9-44.

### CONCLUSIÓN ABIERTA AL DEBATE

El libro de Patricia Marín Cepeda, desde el mismo título, nos ofrece dos investigaciones en una. El título –Cervantes y la corte de Felipe II– no satisface, a nuestro juicio, las expectativas creadas, pues apenas si comprende unas cuarenta páginas del total, probablemente el capítulo menos sugerente y documentado, el menos original y más trillado por la inagotable bibliografía que la vida y la obra de Cervantes generan. El subtítulo –*Escritores en el entorno de Ascanio Colonna (1560-1608)*– abarca el resto del extenso volumen, y es ahí donde podemos comprobar el esfuerzo de su autora, su capacidad de asimilación y síntesis, su rigor y exhaustividad en el análisis, la variedad de fuentes utilizadas... Trazar el mapa de las amistades de Colonna y establecer entre ellas vínculos políticos que expliquen redes clientelares es una labor muy interesante que podría permitirnos valorar en su justa medida aspectos de una obra literaria. El epistolario inédito del cardenal italiano es una ocasión única –como los prólogos, las dedicatorias o los poemas encomiásticos– para desbrozar el terreno, al tiempo que aporta noticias desconocidas y muy reveladoras de los autores seleccionados.

Y a este mar tan revuelto y peligroso se lanza la autora con una profusión de datos que sobrecogen al lector y que se resumen en el siguiente aserto: “Si acertamos a iluminar... la vinculación estrecha entre los nobles... y los escritores de su entorno, permitiremos... entender su trayectoria social y literaria” (p. 47), una afirmación que encierra una grave dificultad que Patricia Marín no puede soslayar cuando nos previene desde el primer momento sugiriendo que “el estudio de la relación entre dichas facciones (“políticas”) y la literatura merece un acercamiento cauto y documentado” (p. 17), tal y como ella misma pone en práctica.

Sea como fuere –y confiando en que el debate, en los límites que marca la reflexión y el intercambio de opiniones, es siempre muy saludable–, es aquí donde manifiesto mis dudas razonables a parte de su proyecto y de la línea de investigación que lo difunde y ampara, siempre desde mi perspectiva de historiador de la literatura y a sabiendas de que, probablemente, coincidamos en muchos puntos de vista sobre el tema.

Interpretar un texto literario desde una perspectiva historiográfica supone, sin duda, un esfuerzo elogiable y, en algunos casos, hasta clarificador, pero al mismo tiempo incompleto y, en muchos casos, desenfocado. Lo hemos comprobado

## RESEÑAS

cuando hemos aplicado criterios semejantes a textos supuestamente escritos por judaizantes, erasmistas, protestantes... o, en tiempos más cercanos, por comunistas o fascistas. Vale que una dedicatoria, un poema encomiástico o un epistolario implique la inevitable elección de un determinado destinatario; vale también que esa elección pueda suponer un posicionamiento consciente que esconde coincidencias políticas o refuerza vínculos religiosos o sociales. Sin embargo, otra cosa bien distinta es una obra literaria, no sólo condicionada a las contingencias políticas de un periodo, sino sometida a los gustos del lector, las expectativas de impresores y libreros y, sobre todo, a las inquietudes del escritor, que van desde la novedad formal a la creación de un estilo original o a la necesidad de imaginar un universo narrativo innovador. Supeditar el fenómeno literario al complejo entramado de intrigas cortesanas (con todo lo que ello pueda aportar y con todos los campos que se abren a la investigación) desfigura el panorama literario y desnuda la obra al desligarla de su naturaleza artística.

Puedo conceder, con la autora del libro, que “el hecho de que buena parte de los autores de libros de pastores en la segunda mitad del siglo XVI...participan al tiempo en unos mismos círculos cortesanos afines al grupo ebolista” (p. 64), pero el género pastoril procede de unas fuentes literarias que se remontan a la antigüedad clásica e influyen en la trayectoria de un Sannazaro en Italia, o de un Garcilaso en España, hasta superar la barreras del Renacimiento y entroncar con el Barroco. Esas fuentes literarias son las que lo explican; las otras tal vez lo mediaticen. Que el género pastoril permitiera ciertas licencias pseudobiográficas o encajara con unos códigos cortesanos que defendían una opción política es, sin duda, una propuesta muy atractiva y sugerente, pero limitada.

Si Cervantes inicia su andadura literaria con *La Galatea* es porque este relato, de procedencia culta, se había ganado el favor del público, que gustaba del fino neoplatonismo amoroso resumido en una sucesión de casos de amor localizados en un idealizado *locus amoenus*, un género de moda que sus amigos alcalaínos también cultivaban. Que se la dirigiera a Ascanio Colonna tal vez responda a otra casualidad más del destino. Después de tantos años alejado de España, y sin noticias de Mateo Vázquez, Miguel decidió dedicar su obra al cardenal italiano porque ésta seguramente sería la mejor (tal vez la única) opción que tenía a mano un desconocido escritor, gracias a la inestimable colaboración de su amigo Gálvez de Montalvo. Tampoco a Miguel le desagradaría la idea al vincularle a la admirada familia de los Colonna, bajo cuyo mando había combatido en Lepanto. ¿Le preocupaba a Cervantes que Ascanio y sus amigos alcalaínos más cercanos en aquella etapa de su vida pertenecieran a la facción “ebolista” o a la “papista”?

En el caso de Cervantes, por su evidente trascendencia literaria, el problema se torna más peliagudo. La autora lo sabe y por eso sus conclusiones sobre el tema están salpicadas de hipótesis no resueltas o, por mejor decir, difícilmente resolubles. De hecho, como ella misma concede, los más expertos estudiosos de la obra cervantina mantienen abiertas discrepancias sobre el tema y, en ocasiones, confiesan contradicciones en la obra cervantina que les impiden elaborar una tesis convincente. Patricia Marín propone al final de su estudio una que pretende aunar sensibilidades críticas opuestas: a su llegada a España tras su cautiverio en Argel,

## RESEÑAS

Cervantes buscó la protección y ayuda del todopoderoso Mateo Vázquez, representante de la facción “castellanista”. Como éste le negara sus pretensiones, Miguel se acogió al mecenazgo de Ascanio Colonna, animado por el grupo de amigos alcalaínos que se movían en la órbita del partido “ebolista”. En consecuencia, concluye, “el cambio en la filiación política de Miguel de Cervantes parece poder establecerse en la línea marcada por el cautiverio en Argel y no por el cambio de reinado” (p. 418). Todo parece encajar, pero escasean las pruebas concluyentes para establecer tal teoría y abundan las hipótesis cargadas de buena intención.

Por desgracia –y la autora lo advierte al principio de su libro– las noticias biográficas que conocemos de Miguel durante el periodo estudiado son muy escasas y no nos permiten aclarar las dudas que el libro propone. En esta labor se afana Patricia Marín cuando afirma: “Todo parece indicar que no basta un lazo de unión, como puede ser un texto dedicado, para derivar de él toda una serie de implicaciones ideológicas. Por esta razón he tratado de profundizar en lo posible en las afinidades personales de sus amigos más estrechos, con la vista puesta en trazar el mapa político complejo en el que se desenvolvió el escritor (se refiere obviamente a Cervantes)” a su regreso del cautiverio” (p. 378).

Y aquí, de nuevo, chocamos en hueso. La propia autora manifiesta su desconsuelo cuando, tras muchas vueltas y revueltas, asegura: “Que no quede huella documental alguna en el epistolario de Colonna no deja de ser algo paradójico, como tantas veces ocurre con Cervantes” (p. 374). En efecto, entre Cervantes y Ascanio sólo hay un silencio revelador que puede explicarse a partir de su inexistente relación personal. Y la imagino –como me hubiera ocurrido a mí– leyendo ávidamente una a una las cartas que componen el inabarcable epistolario del cardenal romano con la esperanza vana de encontrar alguna referencia a Cervantes que pudiera allanar el camino de su investigación.

Algo parecido ocurre con las amistades de Cervantes. Sí, algún poema encomiástico, alguna referencia en sus obras, alguna velada alusión en forma de seudónimo poético-pastoril... para concluir: “Hasta la publicación del *Quijote*, el joven escritor alcalaíno se movió en los márgenes de aquella camarilla literaria y, en todo caso, no cumplió nunca su deseo de volver a Italia” (p. 374). O, dicho de otra manera, “Cervantes y la Corte de Felipe II” sigue siendo terreno lleno de incógnitas; Cervantes y su relación con los “Escritores en el entorno de Ascanio Colonna”, otro tanto.

La autora parece darse cuenta de la dificultad de su empresa en lo que se refiere a Cervantes, pues en lo que respecta al grueso de su trabajo su monumental esfuerzo es valiosísimo y nos ofrece un campo muy interesante para el estudio literario. Cervantes es “paradójico”, un espíritu indomable curtido en las adversidades, decepcionado del poder y sus banderías. Patricia Marín lo reconoce cuando dice: “La periferia parece el entorno natural de Cervantes –incluso en su ficción más universal: don Quijote no pisó nunca la corte–, a pesar de que seguimos tratando de ubicar al autor en el tablero de las luchas faccionales” (p. 374). El Manco de Lepanto vino a decir lo mismo pero con otras palabras cuando puso en boca de su ingenioso loco el siguiente razonamiento: –No muchos [“señores

## RESEÑAS

grandes hay en España a quienes dirigir los libros”] –respondió don Quijote–; y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos, por no obligarse a la satisfacción que parece se debe al trabajo y cortesía de los autores” (*Quijote*, II, XXIV). Esperemos que, a diferencia de Cervantes, proliferen en la actualidad nuevos mecenas que nos permitan saborear libros tan rigurosos como éste. Enhorabuena.